



A propósito de “Cartas desde Iwo Jima”

(Publicado en *The Washington Post*, 25 de febrero de 2007)

George F. Will

Colaboraciones n° 1564

19 de marzo de 2007

"No aclaméis muchachos. Los pobres diablos están muriendo"
Capt. John Philip, del USS Texas,
a su tripulación mientras veían arder el
buque español Vizcaya
en la bahía de Santiago, Cuba, en 1898.

El 9 de marzo de 1945, 346 B-29 salían de las Marianas con destino a Tokio, donde dejaron caer 1858 toneladas de bombas incendiarias que destruyeron la sexta parte de la capital de Japón, matando a 83.000 personas. El General Curtis LeMay, comandante entonces del ataque aéreo sobre Japón, escribía más tarde, *"abrasamos y quemamos y asamos hasta morir más gente en Tokio... de la que se evaporó en Hiroshima y Nagasaki juntas"*.

Es inexacto -- 80.000 murieron solamente en Hiroshima. Y en su nueva biografía de LeMay, Barrett Tillman

escribe que el general era más empático de lo que sugiere su retórica: *"Pudo distinguir una niña de tres años llamando a gritos a su madre en una casa ardiendo"*. Pero LeMay era un guerrero *"cuyo gobierno le encomendó una tarea que exigía matar a grandes cantidades de civiles enemigos de modo que pudiera ganarse la guerra"*.

Se ha debatido acaloradamente la cantidad de muertes indiscriminadas de civiles en los escenarios asiático y europeo que realmente eran "necesarias", y por tanto moralmente permisibles. Incluso durante la guerra había empatía hacia las víctimas civiles, al menos las víctimas europeas. Y menos de 15 años después de la guerra, el cine (véase *"The Young Lions"*, 1958) ofrecía imágenes amables de soldados alemanes comunes arrastrados al combate por el

ciclón de una guerra iniciada por un tirano.

Pero las posiciones hacia los soldados japoneses eran especialmente duras durante la guerra y han sido menos suavizadas por el tiempo que las posiciones hacia el soldado alemán. Durante la guerra, fue aceptable que una cartelera -- firmada por el administrador William F. "Toro" Halsey -- en una base naval norteamericana del sur del pacífico exhortase a "*Matar japoneses, matar japoneses, matar más japoneses*". Matar a los enemigos de América era asunto de Halsey. Sin embargo, su retórica fue sintomática de la especial ferocidad, apoyada en la raza, de la guerra contra Japón: "*Los estamos ahogando y abrasando por todo el Pacífico, y simplemente es tan placentero abrasarlos como ahogarlos*". Halsey apoyaba el proverbio chino de que "la raza japonesa" era producto del "*apareamiento entre gorilas hembra y los peores criminales chinos*".

Los carteles en tiempo de guerra en los restaurantes de la Costa Oeste anunciaban: "*Este restaurante envenena tanto a las ratas como a los japoneses*". En 1943, el representante de la Marina en el comité que consideraba lo que debía hacerse con un Japón derrotado recomendaba el genocidio -- "*la práctica eliminación de los japoneses como raza*".

Stephen Hunter, crítico cinematográfico del *Washington Post*, dice que de las más de 600 películas en inglés rodadas desde 1940 acerca de la Segunda Guerra Mundial, solamente cuatro -- la más notable "*El puente sobre el río Kwai*" (1957) -- "*han reco-*

nocido siquiera la humanidad" de los soldados japoneses.

La empatía por el infortunio del enemigo común obligado quizá sea un lujo de posguerra porque, ciertamente es un logro civilizado, un logro de imaginación moral que con frecuencia precisa de la asistencia del arte. Es el motivo por el que es notable que "*Cartas desde Iwo Jima*", de Clint Eastwood, fuera una de las cinco películas nominadas a mejor película.

Es una imagen tensa. Una tentativa inclemente de llegar tan cerca como el cine pueda aproximarse a la realidad del combate, especialmente la lucha que mató a 6821 americanos y a los 22.000 soldados japoneses de la pequeña isla (ocho millas cuadradas) de lava negra, a excepción de 1083. ¿Recuerda los ardientes 15 primeros minutos de "*Salvar al soldado Ryan*" -- la carnicería de la Playa de Omaha? En "*Cartas desde Iwo Jima*" es superada, con agonizante potencia.

El mando japonés en la isla, Tadamichi Kuribayashi -- al igual que el almirante que atacó Pearl Harbor, Isoroku Yamamoto -- era un guerrero cosmopolita que había vivido en, y nunca dejado de admirar, América. En el 2005, un equipo de arqueólogos japoneses excavando las cavernas de la isla fabricadas por el hombre en busca de artefactos de batalla descubrió una saca de correo no entregado procedente de Kuribayashi y otros soldados y oficiales. Todos los escritores sabían que hacían frente a una fuerza aplastante -- Japón no tenía asistencia que

enviar -- y estaban condenados a muerte en concordancia con el código militar japonés que prohibía la rendición e instaba al suicidio.

Las fuerzas japonesas cometieron con frecuencia barbaridades peores incluso que las cometidas por el ejército regular alemán, y es difícil exagerar la culpabilidad de las órdenes dictadas por los bárbaros. Sea

como fuere, el contenido de las cartas humaniza a los soldados japoneses, cuyo fatalismo era la respuesta razonable a lo irracional. La audiencia de esta película, aunque conmovida hasta el orgullo y la gratitud por el valor de los Marines americanos, no se sentirá inclinada a aclamar. Estamos alcanzando la sensibilidad del capitán Philip.

© 2007, Washington Post Writers Group